

El Banquete del Lobo

Jonás Armendáriz

1

Es extraño el pasar del tiempo, a veces muchos años se viven como un par de meses, a veces en un par de meses uno vive muchos años. Ahora mientras miro las pantallas esperando a que el vuelo descienda noto que las palmas de mis manos no dejan de transpirar. Mi corazón late a más de 120 bits y su palpitar parece un tambor de guerra, y como obedientes soldados mis recuerdos comienzan a marchar en mi cabeza.

Era un 23 de septiembre, justo cuando termina el verano y los días empezaban a oscurecer más temprano. Los ánimos de las personas se notaban más alegres porque el sofocante calor del verano iba disminuyendo poco a poco, y todavía no se sentía el frío embrutecedor del invierno... En pocas palabras era la época perfecta.

Acababa de salir de mi café favorito, un pequeño lugar que más bien parecía la sala de una casa sin nombre, por fuera solo se anunciaba como

“Cafetería”. Eran alrededor de las nueve de la noche, habiéndome tomado unas cuatro tazas de café, mientras hacía mi tarea de estadística. En aquel entonces mi prioridad era concentrarme en la escuela, estudiar la carrera de economía. Pensaba que al terminar mi carrera entraría a trabajar a alguna empresa global y pasaría mis días viendo números en una computadora.

El Café estaba a dos cuadras de las residencias de la universidad. Que eran dos pares de departamentos de diez pisos espalda con espalda, separados por una sola calle la cual formaba un largo callejón. El frente de cada edificio daba cada uno a una avenida diferente, de las cuales una de ellas es lo que separa las residencias A (las de mujeres), de la universidad, y la otra, las B (las de hombres) de la zona de bares, cafés y restaurantes.

Yo crucé esa avenida para regresar a mi habitación, pero como me era costumbre, en lugar de entrar por la puerta principal, rodeé para entrar por el callejón. Mi habitación se encontraba en el octavo piso de la residencia 2B y el elevador más cercano a mi cuarto estaba en un pasillo frente la puerta trasera, la cual se abría usando una tarjeta, similar a la de un hotel. Además evitaba pasar por la recepción, una de las áreas comunes, donde por lo general estaba lleno de estudiantes con los cuales no simpatizaba mucho. Sobra decir que no era una persona particularmente sociable. En aquel entonces yo ansiaba irme a vivir

El Banquete del Lobo

solo, a algún departamento, o casa, en alguna calle tranquila en la que los vecinos se sonríen desde lejos pero no se saludan. Ese tipo de lugar me venía bien.

Caminaba por el largo callejón cuando de repente un objeto cayó a centímetros de mi cara y se estrelló con el pavimento. Era un encendedor metálico con una figurilla color verde. Volteé hacia arriba y vi a alguien que estaba en uno de los balcones del quinto piso. Era una muchacha que me estaba viendo con cara de asombro, mientras sostenía un cigarro en su mano y exhalaba el humo a través de sus labios.

-¡Cuidado niño, pudiste haberte matado!- Me gritó tratando de aguantarse la risa. -Y luego de seguro me tocaría a mí limpiar todo el desbarajuste que ocasionarías.

-Eso no es gracioso, realmente pudiste lastimarme- le contesté. Sentía el sudor frío correr por mi cara, me había asustado el encendedor, y sumado a las tazas de café pensé que tendría un infarto.

-No seas tonto, la vida no es tan rígida para que te pongas así. Todos somos simples títeres del inescapable destino. Él corre a prisa y te va a alcanzar.- En ese momento soltó una carcajada, no una carcajada maligna ni nada por el estilo. Se asemejaba más a la risa que causa ver a un cachorro resbalarse en un charco.

Yo estaba fastidiado y decidí irme sin hacerle más caso, no estaba de ánimos para escuchar a nadie decir estupideces. Ella me llamó varias veces pero yo seguía mi camino hasta que oí “Mira tengo una sorpresa para ti”. Al darme la vuelta vi que estaba parada por encima del barandal del balcón con un brazo extendido hacia enfrente.

Solo pasaron unos segundos pero para mí fue más que una eternidad. Mi cerebro no podía comprender lo que ocurrió, sentía como los impulsos eléctricos fluían a través de mis neuronas tratando de hacer sentido del momento. Pero no había nada que comprender, ella se había caído de su balcón.

Al caer al piso hizo un sonido hueco y sin resonancia, corrí para ver si se encontraba bien y pude ver al instante que estaba muerta. La luz mercurial golpeaba su cara directamente, ahí fue cuando noté que sus ojos verdes miraban fijamente hacia el cielo, reflejando una combinación de tranquilidad y desesperación. La imagen era macabramente hermosa.

En su mano estaba el objeto que ella decía, era un dado de madera tallada con seis signos que no pude identificar. Me sentí obligado a tomarlo. Al agarrar el dado me di cuenta de que tenía un tatuaje en la muñeca, era una frase “Je me consume”.

Mi garganta estaba hecha un nudo, sentí que no podía respirar. “¿Era mi culpa?” Recuerdo haber

El Banquete del Lobo

sentido muchas ganas de vomitar. No era asco, pero estaba nauseabundo. Como si mi cuerpo estuviera tratando de exorcizar la sensación de culpa que revolvía mi estómago.

Tomé el dado de su mano y lo apreté en mi puño. Me quedé agachado a su lado contemplando su mirada perdida. Era hipnótica.-¿Oye, qué pasó ahí?- El grito me sacó del trance. -¿Está bien? ¿Quién es ella?

Un hombre puso su mano en mi hombro, era el guardia de una de las residencias. Recuerdo haber sentido mucho frío en ese momento, lo único cálido en mí, era una lágrima que se deslizaba suavemente por mi mejilla. No era una lágrima de dolor, pero definitivamente estaba envuelta en empatía, como si tuviera conciencia propia.

-No lo sé, no la conozco, solo... Solo cayó.- Le respondí. Él llamó por su radio para pedir ayuda. Casi de inmediato más guardias llegaron al lugar. Entre el caos solo los podía distinguir por su uniforme. El ruido retumbaba en mis oídos. Ruido agudo como el que hacen las notas más altas de un violín en crescendo. Mi vista parecía el cristal empañado de una ventana, y la náusea incesante que me golpeaba al son del rápido palpar en mi pecho se volvía insoportable. En mi mano aún apretujaba el dado.

Alguien me jaló hacia atrás. Había ya policías y paramédicos en la escena. Los policías barricaban el

perímetro del accidente. El chillido en mis oídos era el agudo aullido de las ambulancias. Empezaba a ver más claro. Pude distinguir a algunos compañeros de la residencia y algunos profesores de la universidad. “Regresen a sus casas” decían varias voces. Incapaz de pensar por mí mismo, esa orden me llevó hasta mi habitación.

No recuerdo haber subido al elevador, ni recuerdo buscar mis llaves en mi pantalón. No recuerdo haber forcejeado con la cerradura de la puerta que tenía la maña de atorarse. Fue como si una onda de luz me hubiera teletransportado a mi habitación. Para mí daba lo mismo, no podía llegar con más urgencia al baño. Vacíe mi estómago en el sanitario. En mi boca sentía un sabor similar al cobre. Me puse frente al lavabo y me lavé los dientes y después mojé mi cara. Fue hasta ese momento, cuando capté mi reflejo en el espejo, que volví en mí.

-¡No puede ser!- Mis manos aún temblaban. En mi mente su voz, sus palabras, y el hueco sonido de su caída reventaban mi cabeza. Me tomé un vaso con agua y dos analgésicos para el dolor de cabeza y me eché en cama. No tenía energías de nada, ni siquiera pude ponerme pijama. A duras penas fui capaz de quitarme los zapatos. Me cubrí con el edredón y me quedé dormido inmediatamente.

Desperté, eran las seis de la mañana, estaba empapado en sudor. Parecía que me había caído en un

El Banquete del Lobo

río con la ropa que llevaba puesta. No recordaba mis sueños, o algo en particular, solo sabía que dormir no me había ayudado a descansar. -¡Maldita noche!- Estaba exhausto, quería volver a dormir y no despertar hasta el final de septiembre. Dejé pasar el tiempo recostado en mi cama, 6:45, -igual no dormiré- me levanté, me quité la ropa, la arrojé en el cesto y me metí a bañar. Estuve en la regadera por más de cuarenta minutos. Primero bajo el agua caliente, tan caliente como pude aguantarla, después poco a poco esta se enfrió hasta que su temperatura me hizo salir de ahí.

Me vestí con lo que tenía a la mano. Mi compañero de habitación no había llegado la noche anterior. Tony, no era precisamente mi amigo. Quiero decir, si la universidad no nos hubiera asignado el mismo cuarto en la residencia jamás habríamos intercambiado palabras. Él era prácticamente lo opuesto a mí. Era muy social y no le costaba trabajo acercarse a hablar con la gente. Era de esas personas que con facilidad soltaban cumplidos e inmediatamente caen bien. Él tenía una novia con la que prácticamente vivía. Se quedaban en su departamento que estaba cerca del campus, a menos de 10 kilómetros. Por esta razón cada vez veía menos y menos a Tony. Esto no me molestaba pues en verdad prefería los días en que me quedaba solo.

Era lunes y apenas las 8:00 a.m. cuando yo ya estaba listo. ¿Para qué? No tenía clases hasta el medio día. Decidí salir a desayunar a algún restaurante o café

de los que están cruzando la avenida. Tomé el cesto de la ropa sucia y bajé por el elevador hasta el sótano, donde está la lavandería. Que no era más que un pequeño cuarto con ocho máquinas para lavar y una dispensadora de jabón y shampoo para ropa. Ahí escogí una de las lavadoras, a esa hora estaban todas disponibles, dejé caer toda la ropa del cesto y encendí la máquina. Era de esas lavadoras modernas que lavan y secan la ropa en la misma máquina. Solo había que pasar la credencial de estudiante por el lector, y un seguro la cerraba con candado hasta que volvieras a pasar tu tarjeta. Miré la máquina encendida tambalearse y su vaivén parecía una danza. El gris de la pared y el olor a humedad y jabón era casi meditativo. Me concentraba en cualquier cosa para no pensar en la noche anterior.

Cuando llegué al primer piso el lugar estaba vacío. Las paredes azul cielo y los sillones grises que rodean la recepción me hacían pensar en pequeños barcos perdidos en un mar. Así me sentía en esos momentos, como un pequeño barco que no puede escapar de una tormenta. Que no tiene dirección y las olas lo mueven a su antojo. Salí de la residencia por la puerta principal. Tenía miedo de salir al callejón, quería evitarlo de cualquier modo posible. Al pasar por la entrada reconocí a uno de los guardias de la noche anterior. Él estuvo ahí, él vio lo mismo que yo, y sin embargo él estaba tranquilo. Para él era solo otro día de trabajo. Me pregunté si acaso había recibido entrenamiento especial en la “Escuela de Guardias de